

7: LOS LANCES DE HONOR ENTRE LOS AMERICANOS

*Desafíos — Coronel Henry — Coroneles Piper y Sanders —
Woolf y Kruger — Muerte de Kruger.*

Batirse en duelo llegó a ser un lance tan frecuente entre los americanos, sobre todo entre los oficiales, que causó enorme preocupación a Walker. Este era partidario del código de honor, pero no lo juzgaba adecuado para dirimir desavenencias triviales. El duelo era una costumbre aceptada en muchas de las comunidades de los Estados Unidos de donde provenían los americanos del ejército y ese espíritu aguijoneado por un medio ambiente que incitaba a los hombres a recurrir a las armas, produjo múltiples encuentros en el campo del honor. Hubo un período durante el cual se libraron tantos duelos que, si transcurría un día sin lances de honor era motivo de sorpresa, además de lamentarse por aburrido.

Un buen número de gallardos oficiales protagonizaron sus episodios, quedando algunos lisiados de por vida, entre ellos el coronel Henry.* Henry era un militar apuesto y valiente, que en la guerra contra México ascendió de raso a oficial en el ejército de los Estados Unidos. Sirvió durante varios años en la guarnición del Fuerte Gibson, en territorio de indios; de allí pasó a Nueva Orleans, de donde zarpó hacia Nicaragua para unirse al ejército de Walker. Para Henry era tan difícil dejar de batirse en duelo, como no jugar canicas lo es para un chiquillo. Recuerdo su ingreso al campo de batalla en Masaya, con la cabeza toda envuelta en blancas vendas a resultas de las heridas recién recibidas en un duelo. Algunos de esos desafíos fueron ridículos; otros, muy serios.

El capitán McArdle, y el edecán del general Walker, capitán Dewitt Clinton, en una ocasión intercambiaron disparos en Granada a quince pasos de distancia. Los contendientes se daban la espalda, y al recibir la señal, dando media vuelta dispararon cara a cara. Como simple espectador, yo me encontraba a sesenta pasos a la izquierda de McArdle. Ambos

* Ver anécdotas de Henry en el Anexo N° 9.

hicieron fuego al unísono y la bala de McArdle vino a enterrarse en el suelo, a mis pies.* Empezaban a hacerse los preparativos para un segundo disparo cuando intervinieron los amigos mutuos, zanjando amigablemente la disputa.

En el campo del honor de Matagalpa actuaron el teniente Kelley y el raso Murphy, ambos de la compañía del capitán Jack Dunigan. La causa radicaba en una seductora damisela nicaragüense a quien ambos prodigaban sus atenciones porque se habían enamorado locamente de ella. El capitán Dunigan sirvió de padrino a los dos. El teniente Kelley portaba un pequeño revólver de cinco tiros, mientras que el raso Murphy tenía un pistón de dragones de seis tiros, modelo viejo.

Ya en su sitio los duelistas e impartiendo el capitán Dunigan las instrucciones pertinentes, Kelley aprovechó para apuntar a Murphy un par de veces, poniéndolo en su mira.

“Ejérese ai, mi muchachito, teniente Kelley, hajta quel capitán dé la señal”, vociferó Murphy todo agitado.

Kelley resultó levemente herido en un pie y exigió a gritos un segundo disparo, el cual le fue concedido, pero, en lo que el capitán Dunigan renovaba los preparativos, Kelley abandonó el campo sin decir nada a nadie, evitándose con ello más derramamiento de sangre.

El encuentro entre el mayor Schwartz y el juez Jackson, de la Corte de Primera Instancia, se efectuó en 1856 en la playa del mar, una milla al norte de San Juan del Sur. El juez Jackson me pidió que fuera su padrino, a lo cual accedí; el de Schwartz era el capitán William Williamson, del Primer Batallón de Infantería. Se escogieron pistolas de duelo del tipo Mississippi, la distancia se fijó en quince pasos, y se dispuso efectuar los disparos entre las palabras “tres” y “fuego”.

Con una monedita de a real sorteamos quién de los padrinos daría la señal, lo cual ganó el capitán Williamson. Los contrincantes ocuparon sus respectivos lugares, muy dueños de sí mismos durante el conteo, y al llegar a la pausa establecida para hacer fuego ambos dispararon simultáneamente. No acertó ninguno. Mientras los padrinos concertábamos las preliminares de un segundo disparo, se produjo la intervención de varios amigos y las diferencias quedaron satisfactoriamente arregladas.

El juez Jackson insistió en que él había disparado al aire y creo que así fue, pues antes del duelo me confió que prefería morir antes de man-

* Como se verá en el próximo capítulo, el capitán John McArdle era “excelente artillero”, y además instructor en el uso de armas de defensa personal; su mala puntería en el duelo posiblemente se debió al tajo de bayoneta que recibió en la batalla de Rivas, narrado por Jamison en el capítulo 5.

char sus manos con la sangre del mayor Schwartz. Por supuesto, yo no podía poner esto en conocimiento del adversario mientras estuviera pendiente el duelo.

Presenció otro encuentro, entre dos tenientes, en la costa del lago de Granada, el cual tuvo un desenlace más dramático. Ya cada uno estaba en posición y pistola en mano a la espera de la señal, cuando se vio venir un jinete a todo galope, con la espada en alto resplandeciendo bajo el sol. Se trataba del teniente Morgan, edecán del general Walker, quien al llegar dijo: "Caballeros, el general Walker les envía saludos y me autoriza a decirles que pueden realizar el duelo, pero también desea notificarles que el sobreviviente será fusilado". Resulta superfluo agregar que con eso se terminó el asunto abruptamente.

En La Virgen se arrojaron el guante los coroneles Piper y Sanders. Creo que el retador fue el coronel Piper, permitiendo la elección de distancia y armas a Sanders.* Escogió rifles a cinco pasos, lo cual constituía un ultimatum implacable y mortífero. Cuando le comunicaron esos términos al coronel Piper, declinó aceptarlos, elevó su renuncia del ejército y se fue a los Estados Unidos en el primer vapor.

Aunque no forme parte de estas reminiscencias, se puede mencionar como un suceso memorable el lance escenificado entre el coronel Henry y el coronel Rogers en la Ensenada de Saint Louis. Esos gallardos oficiales después se volvieron íntimos amigos.

La fogosidad de los temperamentos y el mucho olor a pólvora hizo que hasta los amigos olvidaran a veces los lazos del afecto, aunque después pidieran disculpas, avergonzados. El coronel Markham era uno de mis mejores amigos. En una ocasión, dio orden a mi sargento de enviar un piquete de soldados a realizar cierta tarea, lo cual consideré que Markham no estaba autorizado a hacer, de acuerdo a los reglamentos militares. Al encontrarme con mis hombres fuera del cuartel, les ordené regresar y dije al coronel Markham que él no debería asignar tales tareas sin mi conocimiento. Se sintió ofendido por ello, y al encontrarnos más tarde en una reunión social con otros oficiales, reanudamos la conversación. El coronel Markham me dijo que pensaba cursar al día siguiente idénticas instruccio-

* La fecha exacta quedó registrada en el Diario del Ministro Americano John Hill Wheeler, quien se encontraba en La Virgen el miércoles 7 de Mayo de 1856 y anotó: "Vimos a un grupo de oficiales reunidos en la costa del lago y se nos informó que se trataba de un duelo entre los coroneles Sanders y Piper — se arreglaron en el terreno".¹ Cinco días después, el 12 de Mayo, le aceptaron su renuncia al coronel James S. Piper, del Primer Batallón de Infantería Ligera. *El Nicaraguense* lo informó sin explicar la causa, agregando que Piper regresaría a los Estados Unidos y que "el ejército sentirá su ausencia, pues era un excelente disciplinario".²

nes, contestándole yo que, cuantas veces lo hiciera, ordenaría el regreso de mi tropa. Entonces me retó implícitamente, pues dijo que él arreglaría el asunto si me encontraba por cierta calle a cierta hora en la mañana.

No cabía equivocarse respecto a lo que eso significaba, por lo que, airado, me comencé a armar apenas nos separamos. El coronel "Cal" O'Neal era dueño de una pareja de excelentes pistolones de caballería, de un solo tiro, con balas casi tan grandes como canicas. Sin decirle para qué la quería, le pedí prestada una y la cargué hasta el tope, acufiando en el cañón tres o cuatro balas.

Antes del amanecer, el coronel Hornsby tuvo noticias de nuestro duelo inminente y nos puso bajo arresto a ambos, confinándonos en el cuartel y evitando así el encuentro a la hora señalada. En el intervalo, la ira que sentíamos se había calmado lo suficiente como para que nuestros amigos lograran la reconciliación. Nos estrechamos las manos, riéndonos de nuestra impetuosa conducta de la víspera.

Devolví la pistola sin descargar al coronel O'Neil quien, viendo que estaba hasta el tope, dispuso que su ordenanza la vaciara haciendo fuego. El desdichado ordenanza disparó, y al salir de un solo golpe la andanada, fue tan terrible el culatazo de retroceso que el cañón le golpeó la frente y lo botó al suelo sin sentido. Inmediatamente se llamó a un médico para revivirlo pero aún así permaneció inconsciente casi una hora.

"Aunque yo hubiera errado el tiro, Jamison", me dijo Markham sonriendo, "tu propia arma te habría tendido".

En un salón de billar de Granada fui testigo de un vivo tiroteo entre el general E. J. Sanders y el coronel J. Markham. Ambos estaban tomados de licor. No recuerdo quién fue el agresor ni el motivo del pleito. Los dos portaban Colts de seis tiros. Comenzaron a dispararse desde los extremos opuestos del salón, separados únicamente por tres o cuatro mesas de billar. Ninguno resultó herido aunque sí con las ropas agujereadas. Las mesas del billar quedaron aplomadas por los impactos que sufrieron en la reyerta.

En toda mi vida, nunca me ha conmovido una pena tan aguda como la muerte del subteniente Kruger a manos del teniente D. Barney Woolf, ambos pertenecientes a mi compañía. Siempre me he considerado responsable por ese desgraciado suceso. En el verano de 1856 mi compañía prestaba servicio en La Virgen, sobre la costa del Gran Lago de Nicaragua; los pasajeros que cruzaban entre ambos mares por la Ruta del Tránsito con frecuencia realizaban excursiones a los poblados nicaragüenses vecinos, o exploraban los alrededores admirando las bellezas del campo. Usual-

mente se les facilitaba una escolta militar.

Estando aún inactivo, debido a mis heridas, una mañana se me acercó el teniente Kruger solicitándome permiso para acompañar a un grupo de damas y caballeros a Rivas. Se trataba de pasajeros recién llegados a La Virgen en el vapor del lago, en travesía hacia San Francisco. Le recomendé que obtuviera el permiso del teniente Woolf, quien comandaba la compañía. El teniente Kruger me contestó que ya había buscado al teniente Woolf, sin lograr encontrarlo, y que los pasajeros estaban a punto de partir hacia Rivas. En mi carácter de capitán de la compañía, le otorgué por fin el permiso, agregando que le informaría al teniente Woolf sobre el caso.

Siempre deploraré no haber visto al teniente Woolf antes del regreso del teniente Kruger, quien al regresar de Rivas fue arrestado por abandono de su puesto sin permiso.

El teniente Kruger se presentó esa tarde vestido de uniforme a la revista de tropas, la cual presenciaron todos los pasajeros, incluyendo muchas damas. Al instante en que los oficiales saludaban con sus espadas desnudas al comandante del regimiento, el teniente Kruger se abalanzó empuñando la suya sobre el teniente Woolf, advirtiéndole: “Defiéndase”. El teniente Woolf rápidamente desenfundó su pistola y lo mató de un tiro.*

* Medio siglo después, Jamison confunde el nombre de uno de los protagonistas, ya que el teniente muerto se llamaba Munther y no Kruger, según noticia del corresponsal de *El Nicaraguense* en La Virgen, fechada el 22 de Mayo de 1856: “Un suceso lamentable tuvo lugar [ayer] por la tarde inmediatamente después de la revista, resultando un muerto y además un herido que no tenía nada que ver con los protagonistas del asunto. Como no puedo suministrar los motivos que originaron tan desastroso encuentro, me limitaré a narrar los detalles de los momentos en que sucedió la reyerta. Parece que hace uno o dos días surgió una dificultad entre los tenientes D. Barney Wolfe y A. Munther, la que produjo un altercado entre ambos ayer en la tarde al encontrarse frente al hospital, sacando los dos sus armas para combatir. El teniente Wolfe portaba su revólver, el que disparó tres veces contra Munther, quien contaba solamente con su espada, con la cual intentó herir a su adversario. Dos de los disparos alcanzaron a Munther; el otro no dio en el blanco, sino que se alojó en la pierna izquierda del teniente Coleman, quien caminaba a media calle, a varios pasos de distancia de los combatientes. Munther resultó herido de muerte en el hemitórax derecho y sobrevivió tan sólo dos o tres minutos. La herida del teniente Coleman, aunque muy dolorosa, no es de cuidado pues se trata de una lesión superficial sobre el hueso, a mitad de distancia entre la rodilla y el tobillo. Munther fue enterrado hoy. Me abstengo de comentar este trágico incidente mientras no se investiguen y salgan a luz todos los hechos; únicamente diré, *en passant*, que todos concuerdan en que ninguno de los contendientes carecía de aquel valor personal siempre en guardia a la hora de defender el honor”.³

Los pasajeros mencionados por Jamison embarcaron a bordo del *Sierra Nevada* en San Juan del Sur el 24 de Mayo y llegaron a San Francisco el 6 de Junio, dando noticias de “una rifa [entre] los tenientes Munther (un alemán) y Wolfe (de Marysville) que resultó en muerte para Munther al recibir dos disparos de revólver. El incidente está siendo investigado”.⁴ La confusión de Jami-

Este episodio trágico produjo gran revuelo y tremenda conmoción. Un consejo de guerra juzgó al teniente Woolf, exonerándolo de toda culpa. Su conducta, sin embargo, no fue aprobada por muchos oficiales, quienes eran del parecer que su vida no estuvo en peligro tan inminente como para ameritar que diera muerte al teniente Kruger. Yo traté de cargar con la culpa ante el consejo de guerra, pero ¡ay!, nada de lo que pudiera hacer devolvería la vida al teniente Kruger.

Me consta que esa tragedia ensombreció por el resto de sus días al teniente Woolf. Durante muchos años fue Secretario de los Comisionados de la Corte Suprema de California en San Francisco, y pocas personas en ese Estado gozaron como él de tanta estima. Falleció hace ya varios años, en San Francisco.

son con los nombres es explicable porque en Mayo de 1856 tanto Kruger como Munther eran tenientes en su regimiento. El 12 de Mayo Charles W. Kruger ascendió a capitán y asumió el mando de la Compañía A del Primer Batallón de Infantería;⁵ A. Munther falleció el 21 del mismo mes. El Padre Tiempo entremezcló ambos nombres germanos, cuyas dos vocales *u* y *e* se repiten en idéntico orden silábico, en la reminiscente memoria del viejo general Jamison.



FUENTES

¹ Wheeler, "Diary, 1854-56".

² *El Nicaraguense*, 17 de Mayo de 1856, p. 2, c. 3.

³ *Ibid.*, 24 de Mayo de 1856, p. 3, c. 3.

⁴ *Daily Herald*, San Francisco, 7 de Ju-

nio de 1856, p. 2, c. 4.

⁵ Fayssoux Collection, Item 111, General Order Book — Nicaraguan Army, General Orders N° 98.